

CAPITULO IX

LA ARCILLA SONORA

Habiendo conocido el temor del Señor, persuadimos a los hombres y somos reconocidos de Dios.

(2 Cor. 5:11)

La Vocación

El apóstol Pablo, el más elocuente predicador cristiano de todos los tiempos, ha señalado los tres factores integrales de su predicación: temor en la presencia del Señor, autoridad persuasiva para con los hombres, pureza en su confianza para con la generosidad y solicitud de Dios. A simple vista no parece que esa breve expresión pueda ser compendio de tan vastos alcances. Cuando lleguemos al nivel submicroscópico veremos que lo es, en efecto. La eficacia del servicio de predicación, de su ministerio del nuevo pacto, estriba en la perfección de esa estructura: experiencia, mensaje y poder.

El temor de Dios no significa, en modo alguno, miedo supersticioso ante lo desconocido, ante la grandeza de la creación o la inexorabilidad de las fuerzas naturales. El apóstol no es un primitivo. La profundidad y carácter de esa experiencia se revela en los primeros ocho ca-

pitulo de su *Carta a los Romanos*. Este hombre, hebreo de hebreos, formado en un ambiente de cultura griega, troquelado en el farisaísmo sabio del rabino Gamaliel, conocedor de la historia, de la ley, de la profecía, de las Sagradas Escrituras, se halló inesperadamente en presencia de la Persona, eterna e invisible, fundamento y negación de todo lo visible y temporal. (2 Cor. 4:8).

La ley, el símbolo más exaltado de esa Presencia, resulta ineficaz, temporal, condenación. "La ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido a sujeción del pecado. No hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, esto hago". (*Romanos* 7:14 y 19). Por este camino de conflicto y frustración íntima llega la paradoja de la gracia: "Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos". (*Romanos* 11:32). La historia, la ley, la palabra temporal, sombras de una promesa espiritual son, figuras de una verdad eterna e invisible. "Bosquejo y sombra de las cosas celestiales... Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede hacer perfectos a los que se allegan". (*Hebreos* 8:5 y 10:1). Por medio de este lenguaje de sombras, esquemas y figuras, habló el Espíritu Santo, pero ahora, "estando ya presente Cristo", las figuras de las cosas celestiales resultan mezquinas ante la grandeza de "las mismas cosas". (*Hebreos* 9:11 y 23:28). La ley, temporal y visible desaparece ante la potencia de la fe "sustancia de las cosas que se esperan", no figura visible, "demostración de las cosas que no se ven". (*Hebreos* 11:1). En el fondo de un abismo de impotencia, vendidos los hombres, como esclavos del mal hacer, se reveló en carne el misterio, más profundo aún,

de la redención. "Lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros". (*Rom.* 8:3-4).

Moisés, el más grande término de comparación para un hebreo, resulta nada ante la grandeza de esta revelación: "Aun lo que fué glorioso, no es glorioso en esta parte, en comparación de la excelente gloria". (*2 Cor.* 3:10). Pero el conocimiento de esta gloria no es mero espectáculo, simple contemplación intelectual, sino pasión vital, juicio del espíritu: "Si Cristo está en vosotros, el cuerpo a la verdad está muerto a causa del pecado; mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. (*Romanos* 8:10-11). Esta clarividencia de la verdad última, en orden a una nueva vida de justicia y de amor, recibe un nombre: la vida espiritual, porque es obra del Espíritu guiador. "Nuestra suficiencia es de Dios; el cual nos hizo ministros de un nuevo pacto: no de la letra, mas del espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica". (*2 Cor.* 3:5-6). La obra de este Espíritu es obra de redención, libertadora de la esclavitud, de la injusticia y de su correlato, el error. (*2 Cor.* 3:17). Y los que han sido guiados por el Espíritu hacia ese amanecer de libertad, reciben también un nuevo nombre: son hijos de Dios (*Romanos* 8:14); pertenecen a su reino y participan de su gloria. (*I Tesalonicenses* 2:12).

La clara conciencia del conflicto entre la muerte y la vida, el pecado y la redención, la justicia y la mentira, resuelto en la presencia del Espíritu libertador, da sentido cabal a ese símbolo lingüístico: el temor de Dios. Dios es Espíritu y los que le adoran han de hacerlo con más propiedad y eficacia cuando descubren la verdad. (*Juan* 4:23-24). Pero descubrir la verdad de Dios es simultáneo del descubrimiento de la mentira humana, lo eterno suyo de lo nuestro fugaz, su vida gloriosa de la nuestra mezquina y mortal: su libertad es para condenación de nuestra esclavitud; su gracia, para esperanza de nuestra miseria. La desesperación de la fe, la paradoja, son otros modos de expresar el temor y temblor ante la presencia de la Persona, la conciencia de nuestro pecado y la posibilidad de nuestra salvación. (*I Cor.* 2:3; *Filipenses* 2:12; *Salmo* 2:11). Así lo comprendió Kierkegaard; así lo experimentaron los discípulos en el monte de la Transfiguración, junto al lago de Tiberiades. (*Juan* 21:12) y Pablo en el camino hacia Damasco: es el misterio tremendo y fascinador de que habla Otto; (cf. *Das Heilige*) lo incondicionado, de que habla Tillich. (Cf. *An Interpretation of History*).

Toda obra artística, dijimos en el primer capítulo, presupone un mundo objetivo al que corresponde un mundo mental, el producto final es sólo un símbolo, una objetivación de ambas cosas: la referencia o mundo mental, y el referente, o mundo natural. La persuasión de los hombres es el objetivo ulterior, más allá del símbolo, de la referencia y del referente; está en el predicador, como propósito y en el oyente como realización. Esa es la diferencia entre el mero arte y el arte cristiano; el se-

gundo tiene una utilidad, no es "palabra vacía", (*kénoi lógoi*, *Efesios 5:6*). "Nuestro Evangelio", les recuerda Pablo a los cristianos de Tesalónica, "no fué a vosotros en palabra solamente, mas también en potencia, y en Espíritu Santo, palabra portadora de mucha plenitud". (*1 Tes. 1:5*). (*Pleroforia pollá*: es decir, en palabras de gran certidumbre y firmeza; llenas de sentido para la comprensión de lo que se ve, de la vida ordinaria). Ya sabéis qué clase de hombres fuimos entre vosotros; por eso nos imitasteis y recibisteis la palabra; porque hablamos como fuimos aprobados de Dios, no como los que agradan a los hombres. Nunca fuimos lisonjeros en la palabra para alcanzar la gloria humana. Tan amadores fuimos de vosotros, que quisiéramos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, más aún nuestras propias almas. "Habiendo recibido la palabra de Dios que oísteis de nosotros, recibisteis no palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios". (*1 Tes. 1:5-6 y 2:3-13*).

Para este gran predicador, la persuasión del Evangelio ha de fundarse en dos grandes principios: la autenticidad de la experiencia del temor de Dios, y la integridad de la vocación, del carácter del predicador. "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta, como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor". (*2 Cor. 3:8*). Así describe el desarrollo progresivo de su vida interior, como una transfiguración sucesiva para asimilarse a la vida de Dios. (*Efes. 4:17-25*). Para poder llevar a cabo el servicio que le ha sido encomendado, de predicar esta experiencia, es necesario someterse a una disciplina rigurosa, como la del

soldado o la del atleta. (I *Cor.* 9:24) Lo que más debilita al predicador son los motivos vergonzosos, escondidos en la conciencia; porque a causa de éstos, adultera la palabra de Dios mezclándola con la palabra mentirosa, con las justificaciones y racionalizaciones de las flaquezas humanas. Pero la persuasión del evangelio ha de ser "por manifestaciones de la verdad, encomendándonos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios" (2 *Cor.* 4:1) La experiencia de la verdad de Dios, por el Espíritu, nos certifica de su poder. (2 *Cor.* 12:9-10) Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia de Dios. (*Rom.* 5:15 y 20).

Solamente cuando el predicador logra eliminar el juicio de valor, la proyección de una subjetividad culpable en una palabra protectora, máscara mendaz de sus escondrijos de vergüenza, logra predicar la revelación verdadera de Dios en vez de su propia contienda y vanidad. "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo". (2 *Cor.* 4:1-6). Esta es la diferencia: todas las demás predicaciones son "según la carne", (2 *Cor.* 5:16; 2 *Cor.* 1:17) ideaciones humanas, mensajes del mundo objetivo interpretados por los deseos, las ambiciones, las envidias, la contienda humana, (*Gálatas* 5:13-26) mitos simbólicos de nuestra propia y secreta perplejidad. Pero los predicadores del evangelio cristiano proclaman que "no os hemos dado a conocer la potencia y la venida de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas por arte compuestas. (2 *Pedro* 1:16). La gloria de Dios es la esencia y substancia (*Hebreos* 1:3), la íntima verdad de Dios.

(*I Cor.* 15:35-50). Esa ha sido revelada en la presencia de Jesucristo, y después de su resurrección, el Espíritu de Dios la revela a los llamados para la predicación, guiándolos en la interpretación de esa manifestación histórica: Jesús de Nazaret. Los demás saberes son terrenos, ascienden del nivel terrenal hacia el tercer nivel, el símbolo humano. Pero el saber del predicador cristiano "no es según hombre". Pablo no lo recibió ni aprendió de hombre, "sino por revelación de Jesucristo", Cuando aparece esa revelación no es lisonjera, ni adulatora de la codicia, la complacencia y la idolatría humana. Esa revelación es un mandato: "Vende lo que tienes. . . toma tu cruz". El bagaje humano resulta pérdida ante esa majestad, de ahí el temor y el temblor. "El que pierde su vida, ese la salva". La pérdida es concreta, inmediata, visible, eso es el saber; la salvación es por fe, no por vista (*2 Cor.* 5:7), ese es el temor y el temblor. Pero a los oyentes, el predicador persuadirá por sus obras, no por sus palabras. Para el oyente "el reino de los cielos no consiste en palabras, sino en virtud". (*I Cor.* 4:20) "La fe que obra por ágape". (*Gálatas* 5:6) persuade mucho más que "las palabras persuasivas de humana sabiduría". (*I Cor.* 2:3-10) Esta predicación no es por placer, sino impuesta, por necesidad. (*I Cor.* 9:16) El predicador no alcanza esta sabiduría, es alcanzado por ella (*Filipenses* 3:12); no conoce, es conocido. (*I Cor.* 13:12). No es un orador; es un profeta.

La famosa frase de Emerson: "Lo que tú eres habla tan alto que no me deja oír lo que tú dices", es la más sensata advertencia que ha de tener en cuenta el predicador cristiano. "La muerte obra en nosotros y en vosotros la vida", les dice Pablo a los corintios que rechazaban sus pre-

tenciones al apostolado. "Estas cosas padecemos por vosotros". Su vida es el argumento más poderoso de su predicación. Si es recibido con la autoridad de apóstol, que lo sea primero por lo que es, por lo que hace, después por lo que dice. "Teniendo el mismo espíritu de fe, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos". (2 Cor. 4:12-15). La fe es cosa de la voluntad, en orden a la vida; la palabra es cosa del entendimiento, en orden a la razón. Por la fe nos relacionamos con el referente, Dios y su creación; por la palabra, con la referencia y con el prójimo: el oyente. Cuando la palabra es de buena y verdadera fe, es más persuasiva, no es palabra hueca, "estratagemas de hombres que, para engañar, emplean con astucia los artificios de error". (Efesios 4:14).

El verbo persuadir (*peitho*) está relacionado con el sustantivo fe (*pistis, fides*); y si en latín significa "por medio de la dulzura", en griego significa "por medio de la confianza personal". (Cf. Robert T. Oliver, *The psychology of Persuasive Speech*, pág. 33). En efecto *Peitho*, como diosa, es también objeto de adoración para los griegos: símbolo de esa relación de aceptación de una persona por lo que es, y de lo que dice en razón de su prestigio personal. La resurrección es, sin duda alguna, lo más difícil de predicar con efecto persuasivo, y es también lo que da substancia y solidez a la fe cristiana. "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe". (I Cor. 15:14). Pues bien: cuando el apóstol busca el argumento más convincente para probar la autenticidad de la resurrección lo expone en estas palabras: "Por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gra-

cia no ha sido en vano para conmigo. Así predicamos, y así habéis creído". Lo que el hombre es, también es el criterio para comprobar la verdad de su palabra.

"El que tiene mis mandamientos y los practica", dice Jesús en el cuarto evangelio, "aquél es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y vendrá a él, y haremos con él morada". (*Juan* 14:15-26). El que predica una cosa y, sin advertirlo, vive otra, rinde homenaje a la verdad, "tiene el querer" y tal vez crea, ingenuamente, que aun alcanza sus palabras con sus acciones. Está engañado, pero es posible que logre persuadir con su predicación. El que predica una cosa y sabe que no vive lo que predica, es un hipócrita, es un falsario; puede que por un tiempo logre persuadir con su palabra, pero cuando se descubra su falsedad será más el daño que ocasione a la verdad que ha predicado que el que recaiga sobre sí mismo. Los malos hombres perjudican mucho más las buenas causas que las malas predicaciones; porque son sembradores de celos y desconfianza, van por la vida destruyendo la fe, escandalizando a esos pequeños que han creído. "Mejor le fuera al tal," dice Jesús, "echarse al cuello una piedra de molino de asno, y anegarse en lo profundo de la mar." (*Mateo* 18:6) ¿Por qué de asno? Tal vez sea la única que le corresponde. (*Salmo* 14:1 y *Romanos* 1:22).

"¿Persuado yo ahora a hombres o a Dios?", se pregunta el apóstol. (*Gal.* 1:10) Cuando hablamos con Dios en oración ocurre la misma dualidad, pero no necesitamos persuadir a Dios, porque en su presencia somos manifiestos, él nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos. Oramos una cosa con las palabras y otra en lo profundo

del espíritu. Si Dios quisiera respondernos, ¿a qué palabra contestaría, a la sonora o a la silenciosa? "El Espíritu ayuda nuestra mezquindad," dice el apóstol, "porque no sabemos lo que conviene pedir, sino que el mismo Espíritu pide por nosotros. Y el que escudriña los corazones (Dios), sabe cuál es el intento del Espíritu, porque en conformidad con Dios es que demanda por los hombres. Así que, en todas las cosas actúa Dios, ayudando para el bien de los que le aman." (*Romanos* 8:26-28). Esta seguridad, que el apóstol Pablo llama "suficiencia de Dios," es el contrapeso del "temor y temblor". (*I Cor.* 2:3 y *2 Cor.* 5:5) Es Dios quien le hace "ministro suficiente (competente) de un nuevo pacto."

"Mi potencia en la flaqueza se perfecciona," contestó Dios por tres veces al apóstol, el vaso de barro, donde había depositado el tesoro de su palabra. (*2 Cor.* 12:8-9 y 4:7). Entre tanto que esta arcilla sonora es cuerpo peregrino, se sostiene confiada en "la prenda del Espíritu", las arras de una herencia, el recordatorio perpetuo de una promesa. (*2 Cor.* 5:5-6). Ese es el secreto de su poder. Otro de los grandes predicadores cristianos, Agustín de Tagasta, es testigo de mayor excepción en cuanto a la eficacia de aquel poder persuasivo. El también sintió la dualidad de voluntades combatiendo en su espíritu. El también recorrió los caminos de la humana sabiduría. "Era diestro en la palabrería," dice en sus *Confesiones*, "pero no había buscado Tu camino en Cristo, nuestro Salvador." Pero al descubrir los libros del cristianismo, "me apoderé con vehemencia," dice, "de esa venerable escritura de Tu Espíritu, pero muy especialmente del apóstol Pa-

blo. Y esa palabra pura me reveló su profunda unidad, y aprendía a regocijarme con temor y temblor". (Libro VII, 20 y 21 y Libro VIII, 6 y 10).

La parábola de los talentos nos advierte de esa costumbre, también prevaleciente en nuestra Isla, enterrar los ahorros en botijuelas de barro. La parábola del tesoro escondido insiste sobre el mismo tema; contraste elocuente de la grandeza del tesoro encerrado en la estrechez de su prisión de tierra. En este Adam primero, hombre púnico, colorado, amasado de *adamah*, arcilla roja, está encerrado el aliento de Dios; por eso puede nacer de nuevo por el otro Espíritu, para llegar a ser segundo Adam, el hombre espiritual. (*I Cor.* 15:45-47) el aliento de Dios es el ánima viviente; el cuerpo se alimenta del trigo, producto de la tierra, pero el ánima requiere la palabra que sale de la boca de Dios, el pan que descende del ciclo. (*Juan* 6:58). Esa palabra hace del predicador cristiano la flauta del Espíritu, la trompeta de Dios (*I Cor.* 14:7), el botijo de barro repleto del tesoro celestial, la arcilla sonora.

EL OBJETO DE LA VOCACION

Es el tesoro en el barro lo que determina cuáles han de ser las cualidades del vaso: en este caso es el hombre para la palabra de su predicación. El vaso, sin embargo, es no sólo el hombre, sino también la palabra humana, su forma, su utilidad instrumental. Más todavía: el contenido de esa palabra humana ha de transfigurarse, al modo paulino: "porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal sea vestido de inmortalidad." (*I Cor.* 15:53). La palabra de Dios ha de in-

vadir la forma y el contenido de la palabra humana, como afirma Carlos Barth. (Cf. *Wort Gottes und die Theologie*). La forma, el contenido y el objetivo de la predicación cristiana determinan cómo ha de ser el factor humano, la forma, el contenido, los instrumentos del predicador. El contenido del Evangelio no varía, la forma y el contenido de la palabra humana pueden perfeccionarse hasta el límite; pero siempre será obra del hombre para el hombre. Toda perfección de la expresión humana dejará siempre una distancia entre mente y mente, y un abismo entre hombre y Dios. Ese vacío, ese abismo, sólo podrá salvarlo la presencia del Espíritu. Juan de Valdés, el teólogo español del siglo XVI, lo expresa nítidamente, al explicar el verso 27 del capítulo octavo de la *Carta a los Romanos*: "Cuando el cristiano aprende por el Espíritu Santo, sabe que es incapaz para enseñarlo a los demás, y por eso remite esa enseñanza al Espíritu. (Con temor y temblor). Y entiendo que aquello que ocurrió a Cornelio, le sucede a todos los que son admitidos a la gracia del Evangelio: ellos desean, ellos laboran, y ellos oran, con el Espíritu Santo, sin saber que es el Espíritu Santo en ellos quien desea, ora y labora hasta que, habiendo creído, sienten ese Espíritu Santo en su interior." (Tomado de la versión inglesa de John T. Betts, Trubner & Co., Londres, 1883. p. 137).

Pertenece al predicador cristiano el deseo, la oración, el estudio, la labor óptima; el logro final de su objetivo pertenece a Dios, quien nos conoce, delante del cual somos manifiestos. Cumple al obrero examinar primero la índole de su labor, luego guardar los requisitos exigidos, tanto en su persona como en la instrumentalidad. Lo primero hemos hecho en parte, es el punto de partida para examinar lo segundo.

“El orador,” dice Cicerón, “ha de reunir la sutileza de los dialécticos, la profundidad de los filósofos, casi la lengua de los poetas, la entonación de los trágicos y, por último, una gracia y una mímica muy semejante a la de los cómicos”. (Diálogo I, párrafo 28). Y esto, tratándose de una oratoria profesional, del *rétoros* a estilo de Tertuliano, acusador de Pablo. (*Hecho* 24:1). Terminadas mis vacaciones,” dice Agustín, “avisé a los ciudadanos de Milán para que buscasen otro vendedor de palabras para sus estudiantes”. (*Confesiones*, Libro 10, Cap. 5). Sin embargo, la palabra sigue siendo el servicio que el Santo de Tagasta rendirá a la humanidad. No es tanto el arte como el propósito del mismo lo que ha cambiado. “Si se quiere saber cuál es la ciencia que hace a un hombre buen caudillo”, dice Antonio de los diálogos de Cicerón, “lo primero será ponerse de acuerdo en lo que es un caudillo”. (Diálogo I, párrafo 48). Y así con el predicador cristiano; para saber qué cualidades ha de tener, cómo ha de cultivarlas, ha de saberse primero cuál es la índole de su vocación. “La elocuencia”, prosigue Craso, “es una, sea cual fuere el tema a que se aplica, sea cual sea la región que recorra. Que hable del cielo o de la tierra, de las cosas divinas o de las humanas, que se hable en presencia de una asamblea solemne y numerosa o de un pequeño número, de extraños, o a solas consigo mismo, la elocuencia en todo caso divídese en pequeños arroyos, pero que brotan de una sola fuente.” (Diálogos III, párrafo 6).

Que la invención, la composición y la elocuencia son los tres aspectos fundamentales del arte era ya lugar común en tiempos de Cicerón, lo cual no le impidió dedicar tres diálogos a cada uno de estos temas. No por co-

nocidos, dejará siempre de ser necesaria su consideración. "A mí, a la verdad, no es molesto el escribiros las mismas cosas". (*Filipenses* 3:1). Así pensaba Pablo, y siguen pensando los grandes educadores, hasta haber hecho de la repetición una de las leyes básicas de la pedagogía. Tal vez la razón que justifique tal práctica sea que la verdad, por ser de índole espiritual es de difícil captación para el ser animal, que vive en un mundo de sensaciones físicas. No estar lejos del reino, pero no en el reino, es la condición normal del hombre. (*Marcos* 12:34). Pasamos cerca de la verdad, la vemos en la lejanía, como vió Moisés la tierra prometida desde la cumbre del Pisga, (*Deuteronomio* 34:1) y volvemos a olvidarla, como el que considera su rostro en un espejo y luego se olvida que tal era. (*Santiago* 1:23-24). Peor para algunos, que al repetirse la vislumbre de la verdad aparece tan nueva, como si jamás la hubiésemos divisado. Pero así, de renovación en renovación, de gracia en gracia, vamos acercándonos al blanco. (*Filipenses* 3:14).

VERDAD, LENGUA Y OYENTE

Los tres extremos del triángulo semántico podríamos redesignarlos como la verdad cristiana, el vehículo de su expresión y comunicación, y la mente del que nos escucha. Si los ordenamos en serie:

1. Verdad cristiana, 2. Palabra, 3. Oyente.

diremos que el circuito de la predicación no se completa hasta que la verdad no da en el blanco de la representación del oyente por medio de la palabra disparada por los labios del predicador. Si representamos la mente del predicador

y la de su oyente por una horizontal, podríamos imaginar la trayectoria de la palabra a través de la representación mental que estimula, y evocando un referente en el mundo objetivo, natural o culto, completamente distinto en ambos casos.

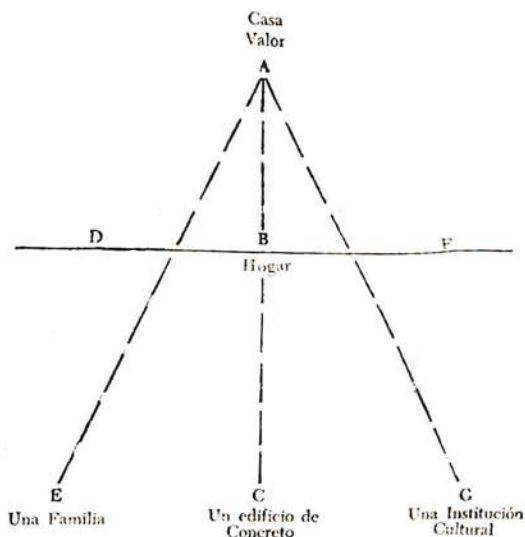


Figura 15

El predicador se dirige a una pequeña congregación que se reúne; provisionalmente, en la residencia de una fé-
ligrés. Comienza su sermón expresando las gracias a los dueños del hogar por su generosidad, y añade: "esta casa que nos da albergue, vale mucho." El parlante A D E ha hecho alusión a la familia que reside en la casa, donde la iglesia está reunida, y a un valor espiritual, religioso e histórico. El oyente A B C entendió, por casa, una propie-

dad, y un valor económico, y el oyente A F G lo interpretó como una institución, con un valor de índole cultural y religioso. Este es un caso de polisemia; pero el converso, de sinonimia, puede ser igualmente flagrante.

—¿Es esta su casa?, pregunta el amigo recién conocido.

—Sí, señor, y suya.

—Gracias. ¿Puedo fumar?

—Como usted guste, está usted en su casa.

—¿Y ese bohío que se ve desde aquí?

—Es la casa de mi mayordomo; es decir, del mayordomo de mi hacienda.

—Pero hombre, ¿llama usted casa a eso, entonces la suya es una palacio?

—¿Sí?, ¿y qué le parece entonces la del señor Fulano?

—¡Ah!, esa es una mansión como hay pocas.

—Pues ahora piensa construir un edificio en el reparto Baldrich. Esa sí que es una casa. Comparada con ésta, la mía es una choza, una pobre cabaña.

Reducido el diagrama anterior, este juego de sinonimia proliferante aparecería así:

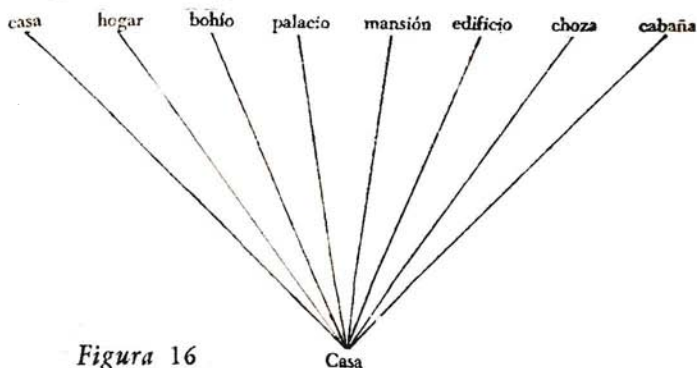


Figura 16

Sin embargo, es más arriesgado para la facilidad de la comunicación cuando los diversos referentes no se mantienen separados, sino que se funden en una sola palabra, con un solo y a la vez complejo sentido. Es el caso de la palabra *logos* en griego, *Varnu* en sánscrito, *torpe* en español.

logos—palabra y pensamiento o razón

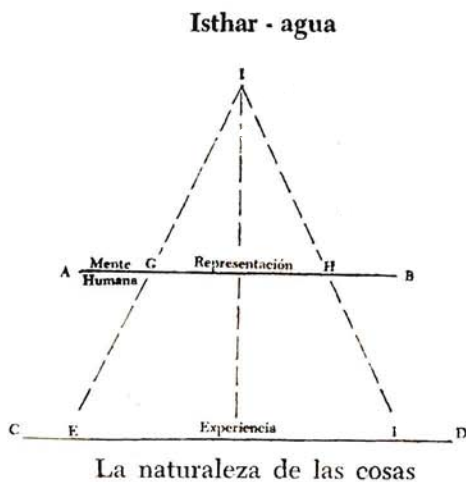
Varnu—color y casta

torpe—acción, palabra y pensamiento

La Escritura habla de palabras torpes, conducta torpe y pensamientos torpes, a lo cual modernamente se añade el significado de escasez de inteligencia, ¡quién sabe si fundándose en las palabras del Salmista: "Dijo el necio en su corazón, no hay Dios; corrompiéronse, hicieron lo malo" (*Salmo* 14:1). Aunque según *Romanos* 1:18 es la acción torpe la que, a la postre entorpece el entendimiento.

Es más grave aun cuando el asunto deriva hacia la polémica entre realistas y nominalistas. En el plano racional y simbólico, dentro de la cultura y en la historia, el único Dios se manifiesta como múltiple, vario y variable. (*I Cor.* 8:5). A cada dios corresponde, en el plano de la representación, una referencia más restringida que el área de experiencia cubierta por el referente. *Ishtar* es la diosa babilónica de las aguas. Pero la experiencia humana del agua, en sus aspectos macroscópico, micro y submicroscópico es mucho más vasta de lo que cualquier sér humano, individualmente, puede abarcar. *Ishtar* y agua, un dios y una palabra, vienen a ser como el punto evanescente, como el ápice de un cono de amplísima base.

Ishtar, como tal dios, o agua, como tal realidad, (I) no existe, dicen los nominalistas, lo que existe es H₂O destilada, un vaso de agua fría, agua en mi cuerpo, nieve, hielo, copos de nieve, agua hirviendo, etc., etc., (E F) y cada una de estas representaciones como la interpretación racional de un número infinito de sensaciones (C H). El origen ontológico de esas sensaciones (C D) será siempre un misterio, lo desconocido. *Agua o Ishtar* son meras palabras, sin más substancia de realidad que las múltiples experiencias individuales de cada pensador.



Semántica de la diosa Ishtar

Fig. 17

Su esencia reside en la mente humana, (A B), es ahí donde únicamente podemos conocer. Cuando pensamos con palabras, esos símbolos carecen de contenido substan-

cial (de realidad), o esencial (de estructura mental); por eso podemos hablar, y enterarnos aunque sea a medias. Si tuviésemos que detenernos a imaginar cada palabra de por sí, o a fijar con exactitud la correspondencia de cada símbolo en la realidad, como hacen los físicos, no podríamos hablar; cuando el oyente acabase de comprender una palabra, el parlante habría desaparecido, tras la curvatura de la semántica, dejando tras sí una larga y neblinosa huella de palabras. La diferencia entre signo y símbolo es, precisamente, que el signo tiene siempre un referente invariable, aun dentro de contextos diferentes; mientras que el símbolo carece de referentes de por sí, es el parlante y el oyente quienes han de determinar el contenido, el referente de cada símbolo.

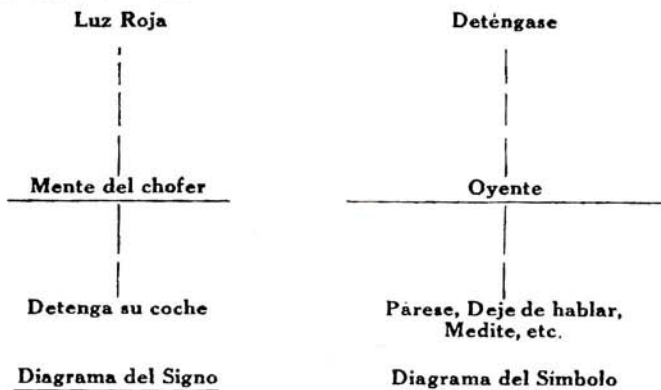
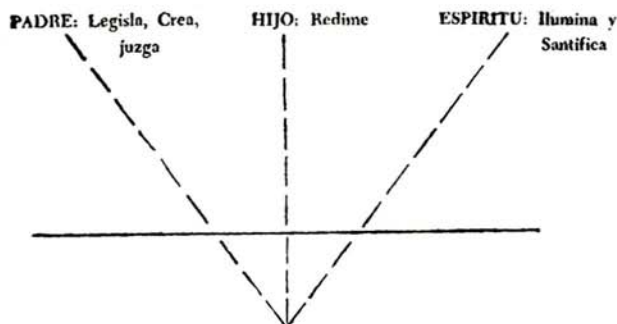


Figura 18

No, dice el realista, lo que usted llama experiencia son únicamente sombras, apariencias, la verdadera realidad es la idea, el universal simbolizado en la palabra. *Ishtar* no es agua, sino el símbolo del misterio, del poder creador, del único Dios. Así, históricamente, desde la perspectiva hu-

mana, el Dios cristiano aparece como tres: el Padre que legisla, crea y juzga; el Hijo que redime; el Espíritu que ilumina, potencia y santifica. Pero desde la perspectiva de Dios los tres son uno.



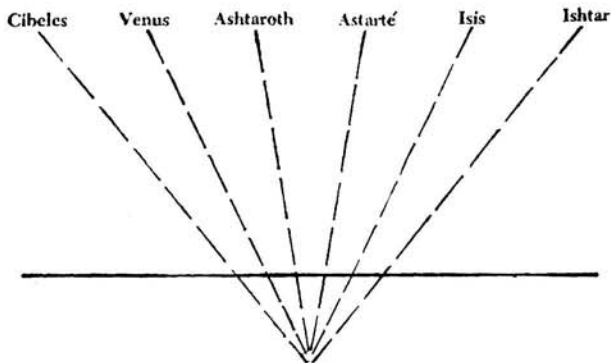
Unico Dios Incógnito

Diagrama Realista del Concepto del Dios Trino

Fig. 19

Todo traductor o intérprete sabe que las más ordinarias palabras de una lengua no hallan correspondencia exacta en otra, sencillamente porque las vivencias que se acogen al régimen de una palabra son siempre diferentes, no sólo entre un idioma y otro, sino entre individuos que hablan la misma lengua. La simple tabla puede servir para escribir en ella y también para construir una mesa. En francés la *table* es la mesa, pero el español reserva ese tropo para la tabla de multiplicar, la de logaritmos, y etc. En inglés hay un "time table;" pero también se llama "board" al grupo de personas que se reúnen alrededor de la *table* o la mesa. Cuando queremos expresar un concepto, digamos la tartamudez, en una de las lenguas indígenas de

América, que carecen de palabras para ese concepto, hay que, o usar la misma palabra de la lengua original o alguna que corresponda en la otra. Esa es la tarea de los que han traducido la *Biblia*, desde la famosa versión de los setenta. Sería divertido y provechoso, para el estudiante, comparar el sentido de la palabra democracia en la *República* de Platón, y en la de Charles Beard. Ese *quid pro quo* fué ocasión molestosa para el apóstol Pablo en Atenas. Buscando un punto por donde vadear el río de separación, cayó en un remolino, en un verdadero estuario de hostilidad semántica.



El agua: Símbolo de Fuerzas Vitales
Variaciones Semánticas de un dios pagano

Fig. 20

Cuando el apóstol se pasea por las calles de la culta ciudad halla más dioses que hombres, más altares que casas. Su imaginación hebrea, sin embargo, fué a dar en un plinto con inscripción, pero sin imagen. "No te harás imagen," había ordenado Jehová (*Exodo* 20:4). Moisés le conoció en medio de la zarza que arde sin consumirse.

Israel es la zarza, pero Jehová es la luz, es el sér, es la base incógnita, el misterio, el Dios escondido que se revela al espíritu únicamente, no a la vista, "porque por fe andamos, no por vista" (*Hebreos* 11:27); hay que mantenerse como mirando a lo invisible, por demostración del Espíritu (*I Cor.* 2:3-5), la demostración de lo que no se ve. (*Hebreos* 11:1). Recordemos la visión de Parménides: el sér ha de ser único, no múltiple. La nada no existe. Si el sér fuera múltiple y no continuo, ¿qué habría entre los seres? ¿Nada? Pero, ¿puede haber nada? ¿Cómo puede haber lo que no existe? Es la antinomia, la perplejidad, el Sí y el No, según la carne (*2 Cor.* 1:17). Allí levantan los griegos un altar a la antinomia, al vacío entre el Sí y el No. "Aquel, pues, que vosotros adoráis sin conocerle, a éste os predico yo." Volviendo a la figura 3, la línea C D, representación de todo lo creado, es conocido, en su última realidad, solamente por el séi incógnito, el Viviente que me Ve de Abraham (*Génesis* 24:62), el que se manifiesta históricamente en Jesús, "la imagen de su substancia." (*Hebreos* 1:3). Para el griego esta versión de lo incógnito es pura insensatez.

VERDAD DE DIOS Y VERDADES HUMANAS

"Si bastara la verdad para formar o determinar la acción," dice Cicerón, "no tendríamos necesidad del arte." (*Diálogo III*, párrafo 57). Bien, pero el arte cristiano, sobre todo, está subordinado a la verdad cristiana, como objeto; y la conversión del hombre como objetivo. La verdad cristiana, la revelada por el Espíritu de Dios, y por referencia primordial a Jesús de Nazareth, no la verdad idolátrica y egolátrica del hombre. "Todos los que

son guiados por el espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios". (*Rom.* 8:14). Pero ese saber humano, que el apóstol llama "el saber según la carne," es enemistad contra Dios." (*Ibid* 8:7). Y nadie aprende a reconocer a Jesús como Señor (*Hech.* 2:36), sino por la acción pedagógica del Espíritu Santo (*I Cor.* 12:3). Esa es la diferencia entre Ishtar y Jesús, entre la fuente de Jacob y la fuente que salta para vida eterna. Ishtar es solamente un rótulo indicador hacia el verdadero Dios, un espejismo de la auténtica realidad. "Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas." Lo grave, lo trágico, la fuente del error es que "habiendo conocido a Dios", los hombres "prefirieron sus tinieblas a la luz." (*Juan* 3:19). Esa fué y sigue siendo la crisis, la condenación, preferir la afirmación de lo humano, a la negatividad de Dios. De ahí la perturbación del entendimiento; "la impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad de Dios. Se desvanecieron en sus propios discursos; y el necio corazón de ellos fué entenebrecido. Y trocaron la esencia (gloria) del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombres corruptibles, y de aves, y de animales de cuatro pies, y de serpientes." La consecuencia moral es siempre desastrosa. No se puede negar impunemente la rectitud moral en nombre de la fe religiosa; tampoco se puede negar la fe religiosa en nombre de motivaciones puramente humanas. "Mudar la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes de al criador" traerá siempre consecuencias tan fatales como olvidar el amor y la justicia para con el prójimo pretextando la sacrílega excusa de la obediencia a Dios. (*Romanos* 1:18, 20-32 y *I Juan* 4:20).

El objetivo de la predicación cristiana es la conversión del oyente; pero no a las ideas e intereses humanos, históricos o culturales del predicador, sino a la verdad de su predicación, la verdad de Dios. Si recurrimos una vez más al diagrama de los tres planos, veremos en qué modo la estructura de una lengua analítica, como es el español, inglés, francés, alemán, o griego, corresponde a la estructura sintética de la realidad, como es vista por la mente del hombre culto, maduro de razón. El niño se vale de una lengua sintética, para cuya comprensión los adultos necesitan realizar un esfuerzo de imaginación y simpatía. "¡Upi! ¡upi!", dicho por un niño hispanoparlante de 18 meses de edad puede significar: Mamita, aúpame para ver las comparsas. Mamita, álzame en tus brazos, que necesito cariño. Mamita, tengo miedo al coco. Etc. El ritual es un habla sintética. La teología de la Comunión, por el contrario, responde al análisis adulto de complejÍsimas realidades, situaciones, funciones y relaciones espirituales de difícilÍsima expresión verbal. En el ritual todos podemos unirnos, y tal vez alcanzar una comprensión intuitiva de su sentido. En la teología raras veces hay dos que concuerden. La presencia de la persona amada despierta en el amante actitudes espirituales inequÍvocas. Expresarlo por escrito requiere una capacidad de análisis mentales y un dominio del medio expresivo que muy pocos amantes poseen. Nada más original y único que la emoción amorosa; nada más monótono y pedestre que las cartas o diálogos de amor. Ese, tal vez sea el motivo más poderoso, entre tantos, de recurrir al rito, que en razón de su inefable síntesis, habla sin elocuencia, con más profundidad, si no con más exactitud, que las palabras. La experiencia inefable o infantil, ya que *infans* puede signi-

ficar no verbal, sin habla, al trasponer el plano de la conciencia histórico-social, es decir, el plano racional colectivo, se revela en la lengua del modo siguiente: *los nombres* expresan las referencias a las cosas ya naturales, ya culturales; los *verbos*, las relaciones, internas o externas, situaciones y circunstancias tanto de las cosas como de sus relaciones, y las partículas (prefijos, sufijos, preposiciones, conjunciones, recursos morfológicos, etc.) sirven, ya de agentes sintéticos para facilitar la relación, ya de agentes diferenciadores para evitar el equívoco y la ambigüedad, son agentes de orden semántico, o sea de sintaxis. Sobre el diagrama ya conocido, Juan 3:16 aparecería así:

Nombres de seres relacionables:

Dios, mundo, Hijo, El, humanidad, vida

Las relaciones entre ellos:

amó, dió, crea, pierda, tenga

Diferenciación de las relaciones:

de tal manera, no

Diferenciación de las cosas:

el, su Unigénito, todo, eterna

Agentes de orden y relación:

porque, de, tal, que, a, para, se, mas

Nótese que el grupo *de tal manera*, son tres palabras con un sólo sentido adverbial: cómo ama Dios; y a la vez adjetival, cómo es el amor de Dios. Eso en español, porque en griego se expresa con una sola palabra, *óútoos*. En el himno siciliano, la referencia es al amor, no al modo de amar: "Tal fué su amor, que dió. . ." ¿Por qué esta ambigüedad? No es ambigüedad, es exactitud. El amor es el amar, la acción es la cosa.

La primera palabra *porque* no es parte de la oración, sino del párrafo, es un recurso de continuidad, un puente lingüístico para el pensamiento. La frase *todo aquel* no es singular, como su forma parece indicar, sino colectiva, simboliza: la humanidad, todos los hombres de ayer, de hoy de siempre. (*Hebreos 13:18*) Finalmente, en esta oración hay tres centros de interés: Dios, su Hijo y el hombre: el que ama, el que se da, el que cree. Dios aparece amando, dando; el hombre aparece creyendo y obteniendo, con posibilidad de no creer y perderse. El no creer se sugiere solamente, está implícito en el verbo *perder*. El Hijo aparece sin verbo alguno: es la pasión

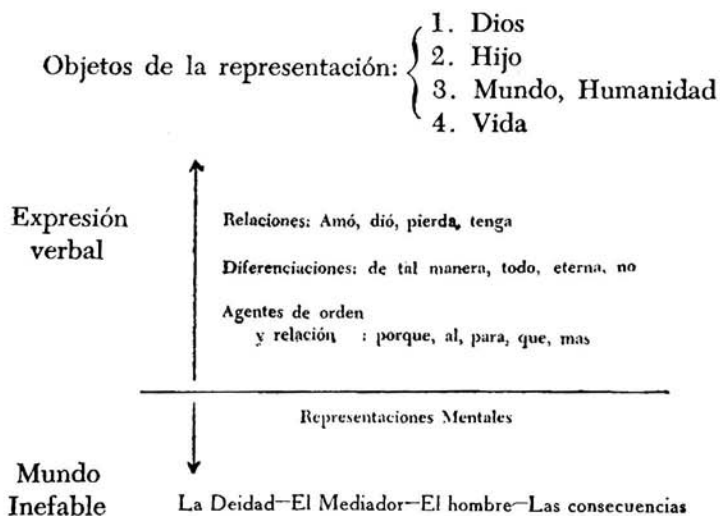


Diagrama de Juan 3:16

Figura 21

perfecta; el perfecto negarse a sí mismo. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda, mas tenga vida eterna".

Si, olvidando por unos instantes el rigor teológico, consideramos ahora la Deidad, desde la perspectiva de la relación salvadora, notaremos, para nuestra sorpresa, que el Espíritu Santo parece estar ausente de esa relación. No, su presencia se denota en el modo de los dos verbos: perderse y tener. En la lengua original del evangelista el sujeto de la segunda cláusula: *todo aquel que crea*, se expresa con un participio presente, *todo el creyente*; pero el verbo pierda, es *aoristo* segundo del subjuntivo, y *tenga* es presente del subjuntivo. En esa alternativa, entre el Sí y el No, está presente el Espíritu Santo. "Todo aquel que dice palabra contra el Hijo, le será perdonado; mas el que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado". (*Lucas 12:10, Marcos 3:29 y Juan 16:9*) Porque el Espíritu está en el abismo de la duda, (en el subjuntivo) para llenarlo con fe, rechazar el testimonio del Espíritu acerca de la relación entre Dios y el hombre, a través del Hijo, es el pecado imperdonable, porque es rechazar a plena conciencia la única posibilidad de salvación, el único recurso invencible contra la mentira. (*Juan 8:44*) El hombre es el objeto de la salvación, el dativo o complemento indirecto; Dios, el sujeto; el Hijo es el Verbo, la relación; pero el Espíritu Santo es el espíritu de verdad, el ministro de reconciliación por cuya agencia funciona esta sintaxis teológica. (*2 Cor. 5:16-21*) En esto veo la razón profunda del

“temor y el temblor” y a la misma vez la “demostración del espíritu y de poder”. (I Cor. 2:3-5) El hombre dice la palabra, con gracia, sazonada con sal, el Espíritu añade el poder. (Colosenses 4:6).

CUALIDADES DEL ORADOR

La índole de la vocación determina las cualidades en ese gran predicador de Tarso, y también en todo predicador cristiano. En su obra *Institutione Oratoria* el preceptista hispano-romano definió al orador como *Vir bonus dicendi peritus*. Está bien, pero aquí empiezan las dificultades para el orador cristiano. “¿Por qué me dices bueno? Ninguno hay bueno, sino uno, Dios”, dijo Jesús al joven rico. (Marcos 10:18). Distinguir el bien del mal implica haber trascendido la perplejidad humana, haber llegado a la sabiduría paulina: “Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que por nosotros ha sido entre vosotros predicado no ha sido Sí y No; mas ha sido Sí en él. Porque todas las promesas de Dios son en El Sí, y en El amén, por nosotros a gloria de Dios. Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios; el cual nos ha sellado, y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones”. (2 Cor. 1:18-22) El ser *hombre bueno*, y el ser *perito en el decir*, para el predicador del evangelio, incluye una clasificación de cualidades muy específicas: vocación cristiana, carácter cristiano, cultura cristiana y en última categoría, las cualidades naturales: talento, salud, voz e inteligencia.

“El genio y las dotes naturales”, dice Cicerón, contribuyen más que nada a formar el orador”. Requiere “imaginación despierta, alma susceptible de movimientos

rápidos, una penetración viva y profunda, que le permitan encontrar lo que deba decir, y le den facilidad y abundancia, y le dicten rasgos vigorosos que dejen memoria duradera". (Diálogo I, párrafo 25) Algunas de estas cualidades naturales son primarias, el orador puede cultivarlas; pero no puede adquirirlas. Así, la vocación, el talento, la inteligencia, la memoria y sus rasgos físicos.

La vocación natural del orador, si damos por sentado que exista, es una estructura compleja de dotes y tendencias, que se orientan luego hacia el arte oratorio. En primer término lo que un educador norteamericano llama *inteligencia social*, habilidad para establecer *rappport*, para "pegar la hebra". Debe ir con ello una personalidad agradable. No es el deseo de lucirse, sobresalir o ilustrar a los demás lo que constituye esa vocación, sino el deseo y la compulsión de expresar con claridad, belleza y nitidez lo que ha sido visto y comprendido de esa manera. Es el impulso ingenuo de compartir con los demás la invención, el hallazgo artístico. Luego esa vocación puede utilizarse con fines políticos, sociales, económicos o religiosos; pero de primera intención se prodiga espontánea, como un juego.

El talento especial del orador, en vista de su vocación, es la estructura de su inteligencia abstracta, su capacidad de análisis y síntesis, en una palabra, su facultad de ideación, combinada con su voluntad y su talento para la expresión verbal. Una vez adquirida y enriquecida la lengua, la facilidad de formular verbalmente las ideaciones, la voluntad para persistir en el cultivo de ese arte, es lo que constituye el talento para la oratoria.

La memoria, la voz y la adaptabilidad son cualidades naturales, pero susceptibles de cultivo. Por adaptabilidad entiendo la utilización inteligente de las posibilidades de progreso, ojo avizor para aprender de los grandes maestros, para rechazar los amaneramientos de la moda y para advertir los defectos propios con intención de eliminarlos. Pero la mayor función de la adaptabilidad consiste en saber determinar las proporciones entre la verdad, el propósito, la forma del discurso para ajustarlo a la ocasión y las condiciones de la concurrencia.

“Todo el cuerpo humano”, dice Cicerón, “su actitud, los sonidos de la voz, responden al estado anímico del hombre como las cuerdas de un instrumento a la pasión que las mueve”. (Diálogo III, página 57) El cuerpo humano es herencia; pero la gracia y elocuencia de sus movimientos pueden ser aprendidas. El aplomo y facilidad del orador frente a su auditorio no es sólo un efecto y a la vez una causa de su aplomo y seguridad interior, sino un recurso para calmar, asegurar y propiciarse a sus oyentes.

“El genio”, decía Juan de Valdés, “halla qué decir, y el juicio esoge lo mejor de lo que el ingenio halla, y pónelo en el lugar que ha de estar, de manera que las dos partes del orador, que son invención y disposición que quiere decir ordenación, la primera se puede atribuir al ingenio y la segunda al juicio. Si yo uviese de escoger, más querría con mediano ingenio buen juicio que con razonable juicio buen ingenio”. (*Diálogo de la Lengua*, Calleja, 1919, p. 236).

LA OBRA DEL ORADOR CRISTIANO

Todas estas cualidades puede reunir el orador, y ser perito en el decir, a más de hombre bueno y honrado, sin alcanzar por ello la condición de predicador cristiano. La vocación cristiana es uno de los tantos dones enumerados en el Capítulo doce de la primera Carta a los Corintios. El carácter cristiano se resume en una palabra: "el fruto del espíritu". (*Gálatas* 5:22-26) De esta rica abundancia, el orador cristiano necesita, sobre todo, humildad, fe, voluntad y ágape. La cultura cristiana es el nuevo modo, la nueva mentalidad, la perspectiva desde el cuarto nivel. La vocación, el carácter y la cultura cristiana pueden convertir a un africano, profesor de retórica, nacido en Tagasta, en San Agustín; y a Saulo de Tarso en el apóstol Pablo.

"Puesto que el poder del Verbo es conducir las almas", advierte Sócrates, "preciso es de toda precisión que aquel que quiera llegar a ser orador sepa cuántas especies de almas hay. A estas distinciones de almas corresponden otras tantas especies de discursos. Es preciso, pues, luego de haber profundizado a conciencia en estas distinciones, observar sus efectos en la actividad práctica de la vida y poder luego seguir las con vivacidad por medio del pensamiento. Cuando posea todos estos medios y cuando sepa escoger las ocasiones en que debe hablar y en cuáles callarse, y a servirse, cuando preciso sea, de un estilo conciso, emotivo y vehemente, a discernir la oportunidad y la inoportunidad de recurrir a todas las formas de discursos que ha aprendido, entonces es cuando habrá alcanzado la plena belleza de la perfección del arte de la palabra". (*Fedro*, págs. 384-385).

Las personas, la ocasión, el pensamiento y el propósito determinan la clase de sermones, la composición y la forma o estilo literios de los mismos. El principiante, como es natural, estará tan empeñado en la expresión verbal que el pensamiento, la ocasión y el auditorio apenas ocuparán su atención. De ahí la necesidad de práctica y ejercicio suficiente, bajo la dirección de un buen maestro, hasta dominar el medio de expresión, tanto en su aspecto instrumental como en el artístico; hasta que el predicador pueda servirse de su lenguaje como de un órgano o miembro natural.

La ocasión decidirá con respecto a la extensión del discurso, y en parte, de su contenido. Si la predicación ha de ser formal o familiar en su tono, si ha de ser grave, profunda o llana en su pensamiento, podrá enjuiciarlo el orador si sabe de antemano la ocasión de su discurso. El venerable profesor Henry Sloane Coffin, en su libro *Qué Predicar* ha intentado ofrecer sugerencias al predicador para disponer los temas de sus sermones para todo el año, siguiendo las ocasiones que posiblemente se repetirán, a través de todo su pastorado, año tras año. La necesidad espiritual de su congregación, la índole de la institución histórica a la cual sirve, demandarán cinco tipos de predicación: expositiva, doctrinal, ética, pastoral, y evangelística. La expositiva para la trasmisión del texto sagrado, la doctrinal para asegurar la comprensión viva del dogma, la ética para iluminar la iglesia y el feligrés en la realización de la función que les compete en sociedad, la pastoral para inspiración, edificación y consuelo de su iglesia y los individuos que la componen y la evangelística para el rescate de los profanos y el en-

riquecimiento de la congregación con nuevas adquisiciones: propósito y ocasión se funden para inclinar el juicio del predicador en la formulación de un plan básico para su trabajo.

El pastor tendrá siempre a su alcance múltiples medios de conocer a sus feligreses, que formarán día tras día el grueso de su auditorio. El orador ocasional, y el evangelista itinerante se ven obligados a juzgar su concurrencia con menos posibilidades de acierto. Pero tanto para unos como para otros es esta consideración de mayor peso para la predicación eficaz: hacerse todo a todos para de algún modo alcanzar algunos. Es en este punto en que el buen predicador hará los máximos esfuerzos para subordinar forma, lengua y pensamientos al propósito de colocar oyente y verdad cristiana el uno frente a la otra en la soledad de su conciencia. Si el predicador logra agudizar el conflicto del Sí y el No en su oyente, confíe en la mediación del Espíritu Santo para completar su trabajo. Sócrates decía, nos recuerda Cicerón: "que daba por cumplida su tarea cuando hacía nacer en sus discípulos un amor a la verdad bastante fuerte para estimularlos y despertar en ellos el ansia de conocerla y comprenderla". (Diálogo I, párrafo 47) Para el predicador cristiano esa verdad se llama Jesús, a quien Dios ha hecho Señor y Cristo. (*Hechos* 2:36) El orador cristiano cumple su ministerio cuando es testigo elocuente, fiel, prudente y humilde de esa verdad. (*Mateo* 28:19, *Hechos* 1:8 y *Apocalipsis* 1:2) Estos adjetivos que cualifican al predicador, no derivan del lujo o complacencia verbal del autor, sino de la naturaleza, de la esencia de la predicación cristiana y la vocación del predicador: elo-

cuenta para con el que escucha, prudente para ajustarse a la situación, fiel a su testimonio, y humilde en su flaqueza para con el Espíritu Santo.

Habrà otras ocasiones, fuera de su ministerio a la verdad cristiana y al hombre que la necesita, en que se requieran los servicios del predicador. Para esas ocasiones, basten los manuales de retórica y los textos de *Ora-toria Pública* escritos y por escribirse. Si el orador cristiano puede aprovechar esas oportunidades para instar "a tiempo y fuera de tiempo", habrá cumplido con su vocación en exceso de su deber. (2 *Timoteo* 4:2).

Tal vez lo más importante para el predicador sea recordar siempre que en ningún momento su predicación será para satisfacción propia o de su concurrencia, sino ra cumplir su comisión: Me seréis testigos. De esa consideración derivan todas las demás, es el determinante supremo de la inteligencia de su acción, es el fin, todo lo demás son medios. De su inteligencia en la subordinación en medios y fines, y de su propia subordinación como instrumento de su vocación y del Espíritu Santo depende todo el éxito de la empresa.

Pablo señala cuatro condiciones esenciales al buen suceso del testimonio cristiano: (1) comienza por reconocer la flaqueza humana, (2) emprende su cometido con temor y temblor, con reverencia ante el misterio y grandeza de su propósito, (3) estriba en la demostración y poder del Espíritu Santo, (4) alcanza su propósito: inspirar en el oyente una fe fundada en la verdad de Dios. (1 *Cor.* 2:3-5).

No es el leer el discurso o decirlo, el usar notas o no usarlas, el aprenderlo de memoria o el improvisarlo repentinamente lo que importa, sino el saber ajustar la

medida de la capacidad humana al tamaño de la empresa, de los recursos a la disposición del parlante y la naturaleza del oyente. Conocerse a sí mismo es tan importante en esta relación como en cualquier otra. "No tener más alto concepto (ni tampoco el más bajo) de sí mismo que el que debe tenerse, pensar de sí con templanza, conforme a la medida de fe que Dios concedió a cada uno", (*Romanos* 12:3) es posible únicamente cuando el predicador no olvida que nada tendría si no lo hubiera recibido específicamente para el cumplimiento de su vocación. (*I Cor.* 4:7) Entre los recursos del predicador, además de su personalidad, está el conocimiento y uso de su lengua, y el conocimiento del auditorio. Es con su mente, con el medio lingüístico y con la mentalidad de su auditorio que, desde el punto de vista humano, ha de trabajar el predicador para lograr el propósito divino. Todo lo demás será reajuste juicioso a estas cuatro determinaciones de su labor.

El erudito español, Alfonso García Matamoros, en su obra *Apología pro adserenda Hispanorum eruditione*, describe la oratoria del gran predicador evangélico, Constantino Ponce de la Fuente: "cuyos sermones, mientras vivió en Sevilla, fueron oídos con aquella general admiración, que Marco Tulio tenía por una de las primeras señales del mérito de un orador... Era su modo de decir tan natural y tan llano, tan apartado del uso de las escuelas, que parecían sus palabras tomadas del sentir del vulgo, siendo así que tenían sus raíces en las más íntimas entrañas de la divina filosofía... Mucho debió al arte, pero mucho más a la naturaleza y a la rica vena de su ingenio, que cada día produce cosas tales, que el arte mis-

mo con dura y pertinaz labor no podría alcanzarlas". (Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, t. III, p. 60). Lo que hasta aquí llevamos estudiado se ilustra en la oratoria de ese vaso de barro, en quien escondió el Señor tan gran tesoro de predicación.